

SECCION AMENA**LO QUE ES LA SUERTE**

Un jóven médico bascongado, cuya carrera habia sido objeto de penosos sacrificios para los pobres *caseros* sus padres, desesperaba de su mala estrella que no le traía ni un cliente, y sumiéndole en la más negra aflicción, cavó en el vicio de emborracharse de la manera más vulgar, frecuentando tabernas y sidrerías

Vagaba una noche de verano por las calles de San Sebastian ahogando sus penas de café en café con sendos tragos de cognac, cuando cruzó cerca de un agente de policía á quien un criado preguntaba con la mayor ansiedad por la dirección de un médico.

—Yo soy médico, exclamó el jóven, aproximándose: é invitado por el doméstico, siguióle hasta una casa de lujoso aspecto, donde entró.

Conforme avanzaba en lo interior, el ruido de gentes que se mueven de un lado para otro, los llantos y lamentos de una mujer, daban claros indicios de una gran desgracia. En esto salió a su encuentro un hombre distinguido y apuesto, que debia ser el amo de la casa, según los demás le atendían y consideraban. Con frases entrecortadas por la emoción, manifestó que se trataba de la vida de su hijo, un niño de tres años, que, presa de violentas convulsiones, parecía hallarse en la agonía.

El jóven médico se acercó al lecho donde forcejeaba la pobre criatura, sin sentido, los ojos en blanco, las manos crispadas. El doctor miraba y remiraba.

La madre, en tanto, prometíale cuanto poseía si lograba infundir de nuevo la vida en aquel tierno sér querido.

El doctor no desplegaba los labios; parecía reconcentrado en sus pensamientos, absorto en su observación. Pero la realidad era que los vapores del cognac, nublando su cerebro, no le dejaban coordinar sus ideas, y mantenía allá en su interior una lucha sorda, violenta, para

despejar su cabeza y ver claro en aquel instante critico que un resto de instinto y de conciencia haciale comprender que pudiera ser el momento supremo de su existencia, del que dependeria acaso su porvenir.

Mas el alcohol, con sus tinieblas, podia más que sus deseos de ver la luz, y en aquella lucha desigual, sintiéndose vencido, no pudo articular más que una palabra dicha en su lengua nativa y con el gesto y el acento de la desesperación más profunda:—¡Moskorra! ¡Moskorra! (¡Borracho! ¡Borracho!), y se alejó apresurado, fugitivo.

Dos días después la prensa local publicaba en lugar prefente un anuncio suplicando al médico que noches antes había sido solicitado en la calle para asistir á un niño que padecía de convulsiones en casa de la opulenta familia forastera de.... se sirviera pasar de nuevo por ella, á fin de recibir el testimonio del más profundo agradecimiento por parte de los padres.

El médico leyó el anunció y apenas si podia darse cuenta de que él era el aludido.

Sin embargo, recordó su aventura y acudió á la cita sospechando la clave del enigma.

Habiase descubierto, que en efecto, las convulsiones del niño eran ocasionadas por una borrachera.

El aya inglesa administrábale todas las tardes una poción alcohólica á fin de embriagarlo y que no pudiese denunciar sus devaneos amorosos con un compatriota.

Aquella débil naturaleza habia llegado al extremo de su resistencia, concluyendo por el *delirium tremens* del beodo de profesión.

El grito de ¡Moskorra! dado por el doctor, habia sido un rayo de luz en medio de las tinieblas en que todos se perdían buscando la causa del mal.

Aquel *ojo médico*, aquel diagnóstico clarísimo, decidieron de la suerte del malaventurado jóven.

El padre de la criatura salvada le nombró médico de su familia, y merced á sus muchas relaciones le creó una clientela escogida, y el pobre médico bascongado se encumbró en términos que hoy es ya una lumbrera de la ciencia.

ALFREDO DE LAFFITTE.

